

***A Laura,
por los
libros
imprepénticos****

**Antonio
SÁNCHEZ
HERNÁNDEZ****



Cada vez que Laura cierra los ojos y esconde del todo sus cabellos en el océano, dejando mi pecho sin música ni flores blancas, los dedos se acuestan en el papel y empiezo a renegar de las paredes: cuando los segundos son losas hay un libro en el horizonte de plastilina. Laura es caprichosa, egoísta y en ocasiones fría. Los libros son deliciosamente azules y cálidos como manos.

Antes de comenzar —y salga por donde salga esta adquisición con sombrero de copa magullado, aires de señorita en otros párrafos y bolas de cristal alquiladas en los más, *ilíbreme el Demonio!*— he de describir a Laura. Laura es un saludo, porque vive constantemente dentro del alba. Es dos brazos cruzados y una sonrisa de condescendencia, a la vez que un puño, una palma y un grito, un banquete y una orgía, porque conoce el jardín de Epicuro. Pero también se caracteriza Laura por su curva praxiteliana que asesina tobillos como patatas y balbuceos o sonrisillas a escondidas: casi humilla al cielo nocturno con su desnudo del Renacimiento. Es un paisaje del que penden tres órganos sexuales y una voz llena de notas que se dirige al viento. Es un museo sin paredes, una mina repleta, un suelo, un cielo y todos los átomos desnudos que quedan en medio. Laura es una bufonada en las narices del que conoce los siglos y del boticario del verbo, en los calendarios y en las páginas. Es una playa a la que no llegan zapatos que aprietan, hemorroides, olores a cocina, purés, fajas o disfraces. Laura es un planeta con mis huellas y tiene las manos llenas de luz. Quiero atreverme a mirar sus labios y esos senos en forma diminuta de montaña de primavera.

Lo curioso, lo contradictorio por lo radical en cuanto a posibilidades de vuelo auténtico es que a Laura también se puede llegar por librescos cami-

nos, por palabras de bachiller, por el color y los pasos en el cielo, las manos aferradas a la tierra. Yo soy un enano en el dedo meñique de Laura. Quiero llegar a ella, y los libros que me gustan son, por supuesto, aquellos que lo permiten. Gustar en este caso es drogar y servir, capa y sombrero, paso y gota de lluvia. Estos libros son los escritos por un dominador del esperpento en el museo de los impresionistas. Tienen por título una leyenda, clavada con los dedos del autor en la portada, con sus brazos abiertos. Cada letra resume el esqueleto y el corazón del hombre que se metió en una mesa para dar gracias, para llorarse, para llorar, para reírse, para construirse. Como fondo, siempre, una búsqueda del paisaje etéreo y soleado a la vez que Laura tiene por lecho: carcajada a carcajada, grito a grito, glóbulo a glóbulo se llenan las páginas. Por eso un hombre escucha a otro, porque le ama en cada gota de sus letras. Estos libros vuelan, andan y nadan. Son así:

Son viejos y nuevos. Reflejan la edad —de las cavernas al último bostezo de los calendarios— en que ya no se cuenta por contar. Lo que importa es mirar las estrellas uniendo las manos en una orgía con las piedras y en forma de rostros sublimes.

Un esperpento es una mano que deshoja, que desnuda. No se trata de reír o llorar, sino de alcanzar la Voz. Por eso hay que arremeter contra la pantalla borracha que abraza y aprieta en el cuello de las horas sin dejar percibir el aroma del agua con la tierra; dentro de él estamos todos, todos los ojos abiertos. Pero detrás está Laura.

Además de la blasfemia de vida amo la sutileza. Y en mis libros hay flores, flores amargas o humildes, pomposas o semicerradas, que caen del regazo de Laura. Por eso el segundo condimento del pan que deseo leer es el impresionismo. A pinceladas vivas quiero el cuerpo completo. Llenando de color el hueco de los momentos en que el corazón se empeña en definir. Con gracia, con elegancia y con fuerza, en una playa de tonos azulinos, amarillos y verdes se pueden conquistar los labios de Laura. Esta es mi aleación perfecta, mis gafas carnales. Tras un breve inciso introductorio a guisa de quien conoce las cosas y además se acuerda, queda claro mi tipo de libro: el *imprepento*. ¿Por qué esperpento más impresionismo, grito más color? Porque de lo que se trata es de protestar a los vacíos, y no se conseguiría una protesta carnal y clorofílica sin el color. Así sale Laura convirtiendo en horizonte el filo de las hojas.

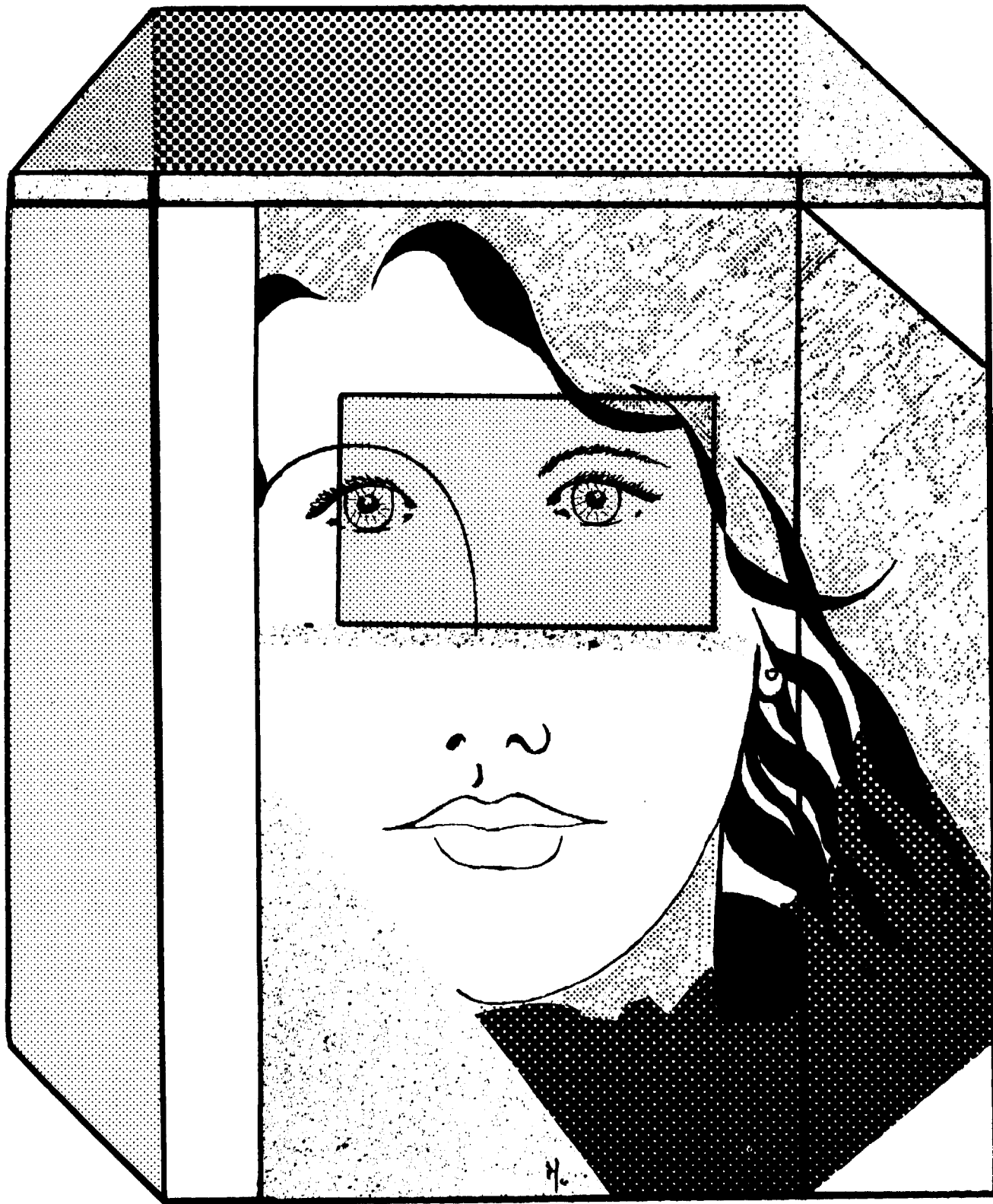
Empezar a leer un libro es terminarlo con los pies en el suelo y en las frases del hermano. Escuchar y sentir su pulso. Por eso no me sirve el panfletario, el amante del mamotreto, sino el que escribe versos de veinte páginas, luego una pincelada en la que quepa una sonrisa y luego vuelta de hoja para encontrar lo mismo.

En los libros *imprepénticos* no hay diferencias claras entre novela, poesía o teatro: nadie se cam-

bia el nombre, el alma o los ojos para mirar a su amante o para desear el paisaje. Son convencionalismos de imprenta. Al socaire de mi palma abierta y de mi lengua presta al sí y al no, sin dar a las cosas más o menos importancia de la que tienen, hablaré del tono, del color y del cuerpo de los libros *imprepénticos*.

Todo sencillo porque llenan de luz lo cotidiano y convierten en acontecimiento cada perfil de los vestidos de Laura cuando ella no los lleva puestos. Retazo a retazo se consigue, con este tono, la muerte de todo lo que es la muerte, de todo lo que no brilla. El tono se esparce y se recoge en esbeltez, en miembros separados, en cabellos al viento entre líneas, en largos párrafos descriptivos de un mondadientes o de un botón. Tono de quien pasa las yemas de los dedos por una figura en la que se reconoce y que cree amar, está seguro de ello; capta pero sus ojos están fuera de él, a la vez que él es todo ojos. Por eso el tono es leve y a la vez muy definido, como una lágrima o una carcajada, como voz de amigo o de desconocido. Tono que no pretende, que se introduce en las cosas, en los contornos de la realidad, en las nubes y en el subterráneo, buscando el palpito, el parpadeo, la sonrisa... No el goce de los renglones. Un tono que no predica, ni critica, ni narra, sino que muestra, repleta y canta. El del que es consciente de su sacrificio en el segundo siguiente y quiere que éste se llene de aire. El del que posa su mirada y grita para limpiar. El del que blasfema para que uniformes, cadenas, cosméticos y carrasperas se sientan fuera de la única mano. Tono que desentona para sintonizar con la hierba. Tono que a veces es agrio, a veces dulce y a veces ni siquiera se aprecia, pero que deja el recuerdo de lo que debe ser, el proyecto del desequilibrio, una sorpresa en cada palabra.

En un libro *imprepéntico* el tono debe dejarse impregnar por el color —quizás sean uno y lo mismo, Laura habla con sus pupilas—. Decir color es decir luz, resplandor en todas las caras del momento, en la única. También yo, pienso que la luz precedió a todo, y el todo que desean plasmar el pincel, la pluma, el cincel, los libros *imprepénticos* deben tener como tallo la luz, que es el color. De ahí saldrá la palabra, luz de palabra y palabra de luz: El gris es gris por culpa del verde, de la fuerza del brillo azul que aparece y queda, una página que se nos incrusta y nos deja un color de amanecida. Ya he dicho que el *imprepento* pretende desmenuzarse para alzarse entero. Por eso los capítulos tienen por «esquema» el rosa de una bailarina mientras pierde importancia ahora lo que está detrás, aunque no se pierde la conciencia de ello. No hay dibujo en un libro *imprepéntico*, sino cuchilladas en los ojos como la piel morena de dos hawaianas que nos ofrecen los frutos propios y los de la naturaleza maravillosamente rojos sobre una bandeja, lo cual nos hace caer de los dientes de la



Así sale Laura convirtiendo en horizonte el filo de las hojas.

gramática y entramos en la voluptuosidad del que se sabe en el lado de acá.

Los libros imprepénticos son el paisaje del mundo donde cada cosa es roja hasta el extremo y no cabe el «progreso dentro de unos cánones», porque cuando el libro imprepéntico arroja sus colores contra el pavimento de los esquemas no hay palabras como progreso o canon: Un cavernícola escribe poemas en verde a su amada con la misma fuerza que un marciano divide el infierno en tres círculos a cual más naranja. De lo que se trata es de introducirse en el oro de los cabellos de Laura, que hacen el amor con el verde del árbol recién mojado por la lluvia, apretar el cielo de su vestido para alcanzar el tenue rosa de su cara y dejar definitivamente de adorar el papel en el que las letras caen por obligación, las esdrújulas en itico, el enorme timbre de las aceras... Dentro de esa palidez —en la que los ojos braman— está la multitud. La multitud en el café al atardecer, con sombreros claros, con trajes brillantes, con rostros rojos de rayo. El escritor imprepéntico y el pintor esperpresionista conocen a la perfección las diver-

camino de los hombres, que colocan en su sitio todos los silencios necesarios y todos los sueños que quedan clavados en la cama. Este cuerpo —que es a la vez de bailarina, hawaiana, marquesa, puta, amante, amada, criada, señorita...— se retuerce, se desprende, se oculta y vuelve a salir a cuevas de los que pueblan las páginas. Tiene conciencia de su ente total, pero se desliza por el papel como un mar, como la lluvia en el suelo, como el símbolo material del valor de las cosas en manos de un bachiller. Cuando se termina la trayectoria imprepéntica es cuando el cuerpo aparece en toda su hermosura, cuando se construye hacia adelante, hacia la intemporalidad, porque ni el presente ni el pasado ni el futuro tienen importancia cuando se trata de abarcar la plenitud terrenal, de poseer a Laura. Las formas de este cuerpo se las dan las pinceladas, las blasfemias, los gritos, la cultura, la sangre y el arte, en un conglomerado perfecto y así explicado: Las pinceladas en cuanto que el libro imprepéntico se compone de retazos, de resacañones vitales en ebullición. Permiten iluminar el cuerpo a la vez que lo repletan y destruyen todo



sas tonalidades de la multitud. Lo que desean es mantenerla en ese crepúsculo, en ese brillo continuo. Los versos, las palabras imprepénticas son miembros tenues y pálidos junto a trigales dorados o a cielos rojos de la sangre del perfecto bolígrafo. Con el color consiguen la protesta y no se salen de la sutileza, de la perfección de líneas, del clima de las bailarinas, del rostro triston de Laura, que ve —y no puede evitarlo— muchísimos residuos, dibujos inertes y torpones en enormes salas. A ella sólo la ponen triste. Al que la persigue le hacen reconocer que son necesarios estos restos carentes de color, aguas putrefactas, árboles sin flores blancas. Y los libros imprepénticos, una vez alcanzado su color, su luz, continúan desmenuzando las hojas de la vida. Por amor a Laura.

El tono da el color al libro, la luz le da el cuerpo. Un cuerpo que es paisaje en el que cada párrafo pone la pincelada que explica el viento que lleva a derecha e izquierda, arriba y abajo el gran

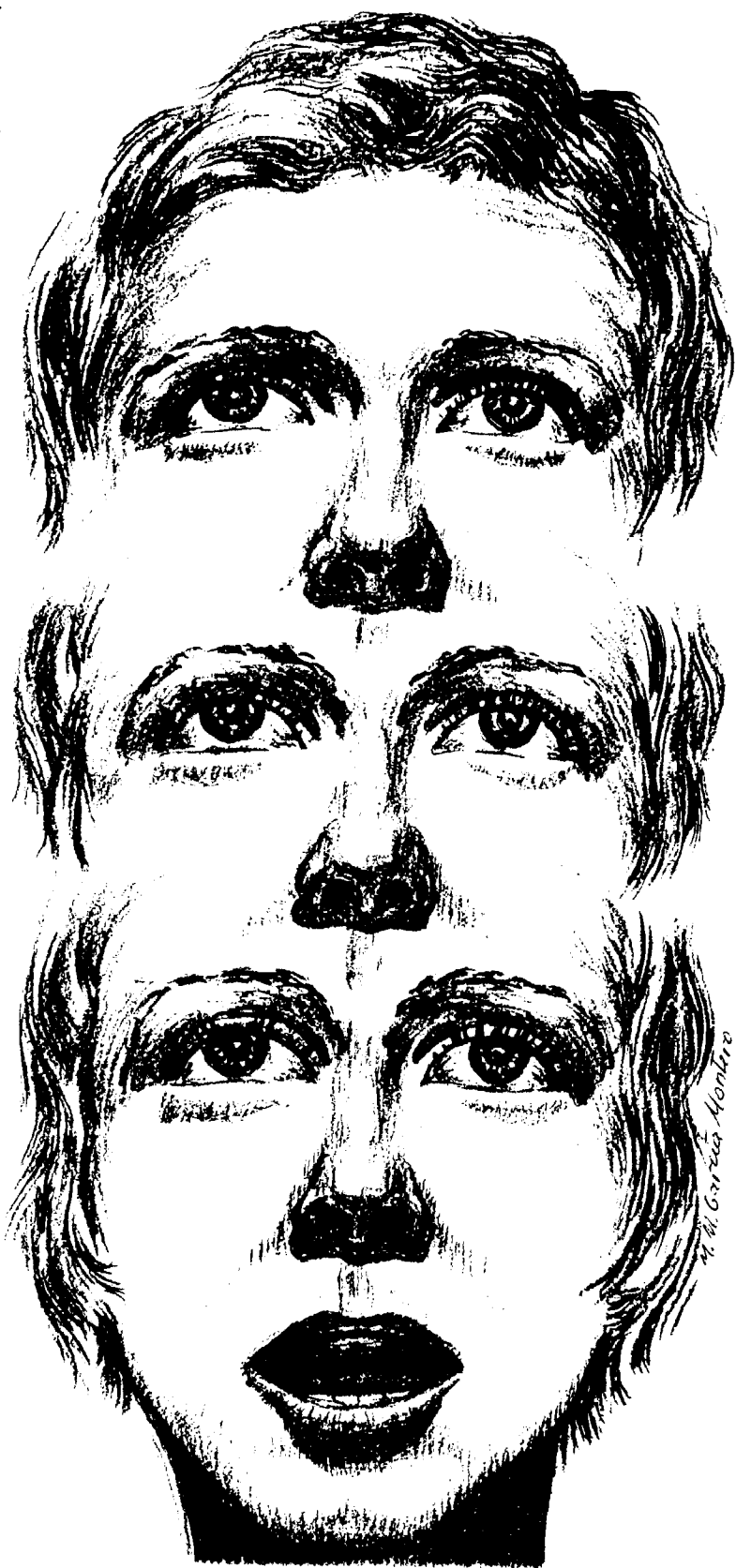
orden burgués. Le dan esos aires colméricos, sorprendentes, cínicos y vertiginosamente rápidos que hacen que leer no sea rellenar una semana, escribir en un impreso o hablar procensualmente del deus-prima-causa. Los gritos en el desierto de los tonos conciliadores, para que dejen de serlo por lo falsos. En la pulcritud de comportamientos en cadena, facilones y figurones. En la gran meada de la vulgaridad que se siente en la torre más alta, en la Babel más hermosa. La blasfemia y la cultura en el punto en que se identifican. La sangre del autor circulando por las líneas. El arte en cuanto que convierte el cuerpo ebullescente en cuerpo apolíneo. El cuerpo resultante es a la vez pedrada y joya; leer se transforma en poseer, abarcar y mirar.

Decir que la aleación imprepéntica supone conseguir a Laura es muy vago. Decir que desmenuza es incompleto. Hablar del espejo cóncavo y la búsqueda de luz muy fácil. El imprepéntico no aspira a

ser una metamorfosis, ni avanzar ni retroceder en la vida, sino que abraza. Supone crisar las manos hasta el máximo por el deseo de guardar el universo, la autenticidad de los hombres y el mundo, sin consejos ni «críticas», sino a fuerza de barridos: la ruptura de atavismos a la violeta sin caer en la despreocupación formal les permite poner el dedo en la Única Llaga. Y la hacen gesto perfecto por la belleza. Sin dejar de desentonar, porque un imprevisto no olvida que es un folletín en el buen sentido del mismo, en todo aquello que le quita erudición orgullosa de serlo y le da humanidad. No se rien los renglones para regocijo del inteligente, ni lloran para masoquismo de los tristes. El libro imprevisto supone abrir el camino carnal hacia las formas repletas, con las únicas armas posibles: lo que le pasa al hombre. Sólo que ocurre que al hombre le pasan planetas enteros. Supone fosilizar las caries con la materia viva para alcanzar un mar, unificar la Voz en bramidos a lo ola para conseguir miradas a lo horizonte. Por eso necesita a la vez altivez y humildad, términos en los que no repara demasiado el que conoce a Laura. Descompone la realidad en todo lo que ésta tiene de falso, de fachada digestiva. La palabra «realidad» no existe. Se trata de derribar toda la mentira de cartón-piedra, para que aparezcan los pálpitos. Este es el último logro imprevisto. Se puede conseguir con el estilo —con cualquier estilo— o colocando los renglones en vertical, o escribiendo con el pico de un pájaro sayos de hidalgo, narices de payaso, balbuceos de borracho. Y las palabras siguen sin valer, por eso se pueden utilizar. Una vez que se tiene el esqueleto y la piel del folletín de la vida hay que evitar el patíbulo de la sordidez en forma de timbrazos. Se trata de gritar en la trompetilla de los escultores para que dejen de hacernos con ropas que nos sientan mal, y abarcar la grandeza que hay en ser una eterna modistilla. Eso sólo se atrapa por medio de la susodicha blasfemia cultural.

Cuando el libro imprevisto alcanza a poner la vida —valiéndose de acritud por amor— en pelotilla, en tiras, en llaga, cuando el autor entrega un libro como ofrecería su mano, es cuando llegar a él supone alcanzar las manos tendidas de la hermosa Laura.

El proceso imprevisto es así: Se empieza por un grito, un grito repleto de colores (ya explicados): se anuncia una muerte, se describe un laberinto cerebral, se maldice al lector, se inicia el camino sexual que termina en la castración existencial más allá del dolor, se suelta a trompetazos el dramatis personae... Este grito inicial es básico, porque se debe mantener hasta que se seque la mano y dejemos a un lado el papel del libro. Luego ha de venir una espiral, una espiral que debe caer como lluvia, porque no tendría sentido un libro seco ni que el río «literario» transcurriese tranquilo: han de existir numerosos meandros, numerosas puertas con un cuadro de Goya, y cuando aparezca la



temura asesinarla con la tiniebla y el resplandor, porque sólo debe llegar a su hora, en la desembocadura, en la sorpresa final. A esta sorpresa debemos llegar hechos ceniza con el libro y aceptarla como aceptamos el latigazo de esos momentos en que no dejamos de caer, en que nos molesta la piel. Esta sorpresa nos vuelve a llevar al grito, a toda la protesta, a toda la historia folletinesca que nos ha hecho tanto número de trizas como haya hecho de la «realidad». Y tiernos pero con los rasgos firmes, sin peso en el rostro pero con desgana, dejamos el imprepeno y seguimos braceando a la búsqueda de Laura.

Resumen: Laura es uno de los fines imprepénticos, el que lo abarca todo como una palma boca arriba y boca abajo a la vez. Pero de leer imprepentos también se deriva una actitud ante el tren cotidiano: su transformación en aventura. La residencia se emborracha de resplandores, porque colgarse de una página imprepéntica es colgarse del cuello de uno, siempre que se tienda hacia el sol, o hacia el sol de la tiniebla, colgarse de un saludo a las esquinas. Estas páginas están hechas de sinfonías de tipos diversos. Y le ponen alas a las galerías que nos circundan. Por eso al leer uno se transforma en luna eternamente creciente y en poro totalmente necesario de la gran mano que es ese Todo.

Conclusión: Me doy cuenta (a buenas horas) de que estos libros ya existen, me he cargado imprepénticamente el condicional «gustaría». Todo lo dicho no tiene pie. Sólo quedan fuera unos libros: Los librillos de fumar.

Anexo: Diré cómo leo los imprepentos. Los leo con los brazos extendidos y las venas desprendiéndose hacia todas las partes. Los leo como se llega a casa después del trabajo, como se mira un cuadro que pondríamos en el telón de fondo de nuestras andanzas a lo celada de cartón. Los leo con mi yo debajo de la cama y un continente debajo de cada pie. Los leo con los pulmones del alma y con las sonrisas del cuerpo, los leo a tiros, los leo como humo, los leo con las manos en forma de pinceles en un bote. Los leo enamorado de la paleta del maestro que no habla, que se fuma los árboles. Los leo a fuerza de labios y de vapor en el cuello hasta los dedos del pie. Los leo con la esperanza desmelenada y un cuenco enorme entre mis ojos y la nada.

Diré cómo poseo a Laura: con los brazos extendidos, las venas desprendiéndose hacia todas las partes, etc....

- * Primer premio CONCURSO NACIONAL «LEER Y ESCRIBIR», 1983, del MINISTERIO DE CULTURA
- ** Estudiante de C.O.U. (curso 1982-83) en el I.B. «Fray Diego Tadeo» de Ciudad Rodrigo (Salamanca)

